

Los últimos de AYACUCHO

«S E hallan, por consecuencia, en estos momentos en poder del Ejército Libertador los tenientes generales La Serna y Canterac, los mariscales Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos, los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Pardo y Tur, con dieciséis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales, más de 2.000 prisioneros de tropa, inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían. Mil ochocientos cadáveres y setecientos heridos en la batalla de Ayacucho, han sido las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas» (parte oficial del mariscal Sucre tras la batalla).

El rincón de los muertos

Ayacucho es un triste nombre. En quechua significa «rincón de los muertos», y la reputación parece haberle venido predestinada. Desde tiempos anteriores a la conquista, la región fue escenario de hechos importantes. Las victorias que allí consiguió el inca Ripa Yupanqui, que al subir al trono adoptaría el nombre de Viracocha, le permitieron consolidar su imperio, y algunos siglos más tarde, en sus tierras se dio la batalla de Chupas, cuando las fuerzas de la Corona española vencieron a las huestes de Almagro «el Joven», vengando la muerte de Pizarro y consolidando el poder real, que dejaba así sentir su dura mano para evitar las ansias individualistas y lindantes con la rebelión de aquellos aventureros indómitos.

Durante la época colonial, la ciudad que hoy es Ayacucho (situada a unos 12 kilómetros del «rincón de los muertos») se llamaba Huamanga. La prosperidad minera del departamento de Huancavélica, levantó en Huamanga suntuosas mansiones que por un momento dieron alres de importancia y riqueza a la ciudad.

El lugar Ayacucho, donde se libró la batalla, es una meseta convexa e inclinada en una estribación de los Andes.

El general español Jerónimo Valdés, uno de los héroes de la batalla, y considerado el jefe con mejor

Los presidentes de los países hispanoamericanos se reunirán en diciembre en Lima para firmar un documento de importancia histórica: «La declaración de Ayacucho». Hace ciento cincuenta años se dio la célebre batalla que decidió el destino de América y selló el fin de una época. Ahora, en su búsqueda de la unidad, las Repúblicas surgidas en la lucha independentista vuelven los ojos al escenario de esta gesta, donde los muertos de uno y otro bando quedaron definitivamente juntos y hermanados bajo la mirada impasible del cóndor, señor de los cielos americanos.

visión táctica del bando realista, describe así el entorno del lugar donde fue derrotado: «... es el más cortado y difícil que hay en todo el Perú; los caminos, aun el de Posta, que es el que se llama Real,

el de Pampas, que discurren por barrancos profundos que tienen tres y cuatro leguas de bajada y otras tantas de subida. La población es en su totalidad de indios, excepto las villas de Abancay y Andahuay-

Fernando Martínez

no son más que unas veredas tan escabrosas, que es necesario echar pie a tierra en muchos parajes, a pesar de ser prácticas las bestias en que se marcha. El país está atravesado por multitud de torrentes y tres ríos considerables que corren paralelamente de Oeste a Este, y son el Apurímac, el de Abancay y

las, en que se encuentran algunos españoles».

En este palenque homérico, emplazado en el techo de América, sin más testigos que la abrumadora soledad de los Andes, se va a disputar la batalla que supone la eliminación política y militar de España en el continente americano. El marco no

pudo estar más acorde con la importancia del acontecimiento. Parece como si el sino se hubiera complacido en buscar el decorado más imponente para señalar el fin de la presencia de aquellos españoles que tres siglos y medio antes atravesaron océanos y selvas, y destruyeron de un soplo imperios insospechados, a golpes de espada, audacia y codicia. Ellos habían ensanchado el mundo conocido, dándole a su Rey los Andes por corona.

Ninguna música hubiera producido en los combatientes el efecto patético del silencio en estas pampas infinitas, escasas de vegetación, casi desérticas y barridas por los vientos. Y en el punto álgido del mutuo acoso, cuando las marchas y contramarchas se hacen agotadoras, se diría de los Ejércitos que son dos fieras perdidas en las montañas, dando vueltas una en torno a la otra para tratar de descubrir el punto flaco que permitirá la eliminación instantánea. Es un desafío colectivo simbolizado en las figuras de Sucre y el virrey La Serna. El primero, imagen de la nueva América y el otro, de la vieja España. Ambos conocen su deber y lo cum-



Plano de la batalla de Ayacucho, dibujado por un oficial del Batallón Voltigeros, 1824.



Por delegación de Bolívar, el general Sucre se puso a la cabeza del Ejército que remataría la independencia del continente americano. (Sobre estas líneas, el triunfador de Ayacucho.)

plen, pero la fortuna y la Historia están del lado del joven mariscal venezolano, que tenía veintinueve años cuando ganó la batalla.

Dos frentes

En el momento de librarse el combate, Hispanoamérica está a un paso de la independencia total, y Bolívar se encuentra en el apogeo de su gloria. Sólo mantiene España el Alto Perú (Bolivia y la mitad del actual Perú). Lima ha caído en manos de Bolívar, a quien el Congreso peruano ha proclamado «Dictador oficial». Ayacucho es la culminación de un desesperado intento militar español por conservar el Perú, como base para futuras campañas. El designio contaba con escasas probabilidades de éxito por la falta de efectivos y la disensión interna (liberales contra absolutistas), que ha alcanzado a los jefes del Ejército. Así, el virrey La Serna se verá obligado a luchar en dos frentes: contra el Ejército de Sucre y contra el del general español Olaneta, un fanático absolutista dueño de la zona que es hoy Bolivia, cuya vanidad fue atizada hábilmente por Bolívar hasta llevarle a la rebelión abierta.

Waldo Frank le describe como «un arcaico héroe gótico, apasionado y sombrío» al que le dolía que un simple virrey estuviese por encima de él.

Aprovechando que la reacción había triunfado en España por la intervención francesa de los Cien Mil Hijos de San Luis, y que La Serna había sido nombrado en su cargo por el gobierno liberal, Olaneta denunció al virrey a Fernando VII y se declaró a sí mismo virrey de los altos Andes». Además, acusó a La Serna de «no ser partidario fiel y convencido de la reacción absolutista». Una vez más, la chispa de la guerra civil entre los españoles se encendió ante la sonrisa satisfecha de Bolívar.

A duras penas, La Serna consiguió aislar a su enemigo, pero sin derrotarlo totalmente. Las crueldades de Olaneta con los prisioneros eran tales, que los generales españoles, perdida la batalla de Ayacucho, prefirieron ponerse en manos del vencedor que escapar al interior del país, donde seguramente hubieran caído en manos del extremista fernandino.

El jefe Sucre

Al conocer la lucha entre los generales españoles, Bolívar toma buena nota del debilitamiento del Ejército Real y pide a Sucre que avance contra él. El día 6 de agosto de 1824 tiene lugar en los campos de Junín, a casi 4.000 metros de altura, una extraña batalla en la que no se disparó un sólo tiro, y en la que los españoles llevaron la

peor parte. El choque fue a caballo, acero contra acero solamente. Canterac, jefe de la fuerza española, carga el primero al ver a Bolívar en posición poco fortificada. Los españoles dominan el principio del combate, cuando, de repente, se produce una desbandada y el campo queda de los independentistas. El propio Canterac lo explica así en un escrito: «... sin saber imaginarme la razón, volvió grupas nuestra caballería y se dio a una fuga vergonzosa, dando al enemigo una victoria que era nuestra y que decidía a nuestro favor la campaña».

Bolívar explota el éxito; persigue a Canterac y ordena a Sucre, que es el comandante general, que permanezca en retaguardia cuidando a los enfermos y heridos. Molesto y humillado, Sucre envía a Bolívar desde Jauja, el 28 de agosto, una carta llena de amargas quejas, en la que insinúa su retirada de la «carrera pública» si no se le da satisfacción.

A Bolívar, gran conocedor del alma humana, le basta una carta (escrita en Huamanga el 4 de septiembre) para convertir el enfado y la desmoralización del agraviado Sucre en nuevos ímpetus de gloria y lealtad incondicional. Escribe Bolívar: «Si usted quiere venirse a poner a la cabeza del Ejército, yo me iré atrás y usted marchará adelante para que todo el mundo vea que el destino que yo le he dado a usted no lo desprecio para mí. Esta es mi respuesta. Soy de corazón: Bolívar».

De un plumazo, el prócer ha convertido a Sucre en jefe del Ejército que culminará la independencia americana, mientras él se retira a Lima. Pero, ¿por qué lo hizo? Los historiadores no parecen estar de acuerdo en este punto, y hay versiones para todos los gustos. Así, Salvador de Madariaga opina que la verdadera causa de la retirada de Bolívar era «el susto que se había llevado en Junín». «Bolívar temía —dice— la derrota que se le venía encima, definitiva y desastrosa, en medio de una población hostil, realista y anticolombiana (la mayoría de los soldados del Ejército republicano procedían de Venezuela y Colombia, que entonces formaban una sola nación)».

Las fuerzas españolas, sin embargo, no eran tan boyantes como para tener asegurado ningún triunfo, ya que en los últimos cuatro años no habían recibido el menor refuerzo de la Península.

Waldo Frank explica que Bolívar abandonó el campo por creer que La Serna no atacaría en la época de la lluvia y las nieves, y porque ade-

más deseaba recoger víveres e impuestos en la costa y levantar allí un segundo ejército.

Aunque en el cenit de su fama, el «Libertador» empezaba a sentir los primeros síntomas del declive. El Congreso colombiano, con la hostilidad del vicepresidente Santander, le había prohibido conceder directamente ascensos, y parecía inclinado a poner el veto a sus deseos omnímodos y hasta entonces indiscutidos.

Tropa realista

La Serna, que había reunido las fuerzas de Canterac y Valdés, avanzó rápidamente desde Cuzco con la intención de dejar cortado a Sucre de Bolívar y las ciudades costeras, pero en esto se equivocó. Sucre no concedió la menor importancia a verse cortado. Estaba seguro de que la batalla tendría que jugársela a una sola carta, y además, en la inmensidad andina siempre encontraría un hueco para maniobrar llegado el caso.

El Ejército realista, al mando del virrey, salió de Cuzco el 22 de octubre. El jefe de Estado Mayor era Canterac, y los generales Valdés, Monet y Villalobos figuraban como jefes de división. Se hace difícil precisar exactamente con cuántos hombres contaba La Serna cuando inicia la campaña. Según Valdés, en la exposición que dirige a Fernando VII desde Vitoria, el 12 de julio de 1827, el total de fuerzas realistas en el Perú era de 18.000, para cubrir un territorio que ahora abarca casi toda la superficie peruana, Bolivia y parte de Chile. Descontando de esta cifra las guarniciones y puestos fijos, el general español asegura que salieron de Cuzco menos de 7.000 hombres (6.906 exactamente), distribuidos así: 5.876 infantes y 1.030 de caballería. Los historiadores hispanoamericanos, por el contrario, sitúan a las fuerzas realistas entre 9.000 y 10.000 hombres.

Los individuos de la tropa, en su gran mayoría, eran indios peruanos reclutados forzosos o prisioneros hechos al enemigo. El número total de españoles, según datos de Valdés, sobrepasaba poco los 500; casi todos ellos, jefes, oficiales y suboficiales. Esto es lo que hace decir al mencionado general, en carta dirigida al historiador Torrent (septiembre de 1929): «El Ejército Real de Ayacucho era más americano que el de los enemigos, por contener menos europeos en sus filas que éste». Valdés se refiere concretamente a los británicos, irland-

LOS ULTIMOS DE AYACUCHO

dases y franceses que combatieron voluntarios en las filas independentistas, y a los que atribuye importancia decisiva en el resultado de la batalla.

La moral del Ejército realista, en conjunto, era baja, sobre todo después del desgraciado encuentro de Junín. Aquellos indios de rostro impenetrable y voluntad sacrificada luchaban por el Rey de España de un modo mecánico y obligado, pero en sus filas no reinaba precisamente el entusiasmo. Valdés dice que a los reclutas del país «era preciso tenerlos encerrados, para que no se desertasen, sirviéndoles de vigilantes los oficiales y los pocos soldados, cabos y sargentos europeos que aún se conservaban».

Y en otra ocasión añade: «... nuestras tropas eran tales, que al anochecer se hacía preciso formarlos en cuadro o en columna cerrada, cualesquiera que fueran las circunstancias, sin cuya precaución nos exponíamos a no encontrar al día siguiente, victoriosos o vencidos, más que la muy corta fuerza de nuestros cansados europeos. Los enemigos, bien cerciorados de este estado, no tenían nada por la noche, cuando ellos podían maniobrar y moverse libremente».

Bolívar había dejado el mando y la espada a su fiel Sucre, con la especial recomendación de que fuera prudente, y le aconseja en una carta «circunspección y un tino sumo en las operaciones para no librarlas a la suerte incierta de las armas sin una plena y absoluta seguridad de un suceso». Sucre, no obstante, se entregará a la «suerte incierta», porque su moral de victoria es absoluta: «Nunca he dudado del triunfo —escribe— y donde quiera que pasen los enemigos cuento que serán derrotados».

«Los preparativos han sido perfectos y la ejecución casi sobrehumana». (Mensaje de Bolívar al referirse a la batalla.)

El Ejército español se recuperó pronto de Junín. Informado Sucre, éste piensa que lo correcto es mantenerse a la expectativa hasta conocer con exactitud de qué fuerzas dispone el enemigo. En consecuencia, se retira sobre la margen izquierda del río Apurímac y desista de la marcha sobre Cuzco.

A la vista del Ejército independentista, que había fijado su cuartel general en Mármara, los realistas esguazan el río Santo Tomás. Sucre piensa que es una trampa, y lo era en efecto. La Serna intentaba dejarle abierto el camino de Cuzco

para cogerle entre dos fuegos. El venezolano decide entonces «esperar y ver» sin moverse, y permanece en Andahuaylas, pero advertido por Bolívar de que los realistas se movían hacia Huamanga resuelve marchar también en esa dirección.

Durante dos meses (del 8 de octubre al 8 de diciembre) ambos ejércitos se mueven en líneas paralelas. El virrey tarda en enterarse de que tiene al enemigo en su flanco derecho, y tan próximo, que un día el propio Sucre, acompañado de dos edecanos y un baqueano, partió para efectuar una inspección y pudo

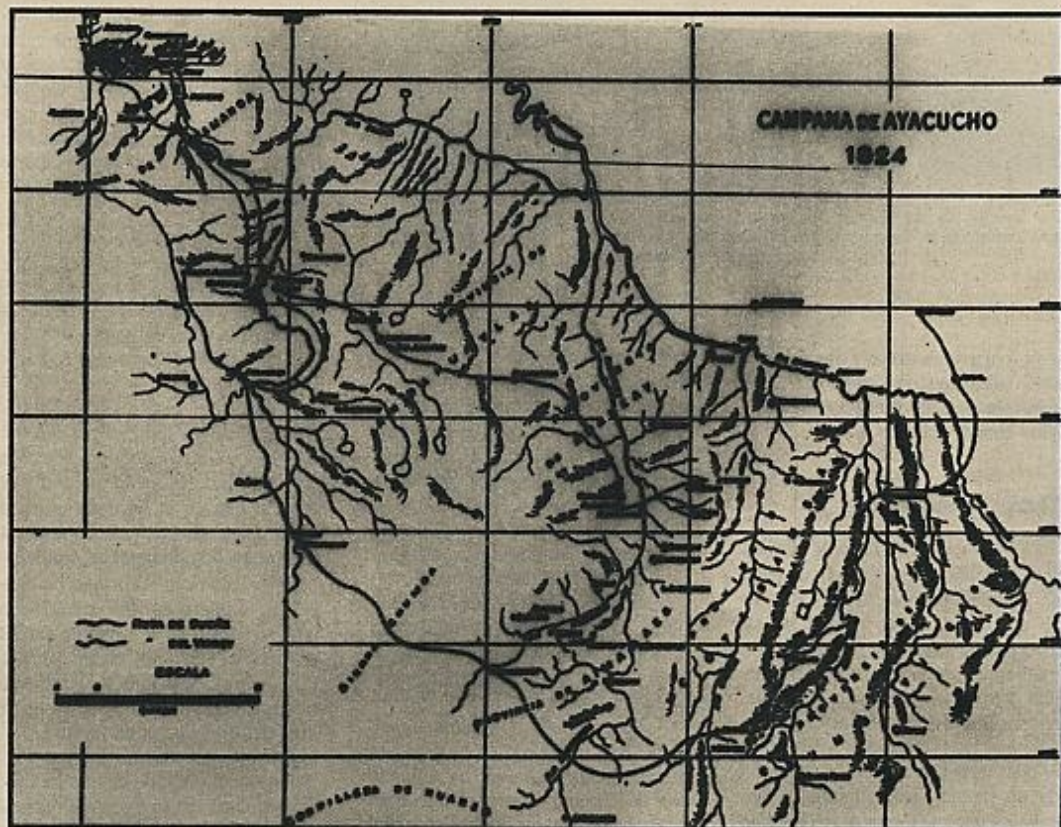
Emboscada de Corpahuayco

Bruscamente, Sucre decide cambiar de táctica, y en vez de marchar paralelamente deja ver sus movimientos a las claras. Se aposta en Quinua, cerca ya de Ayacucho, y ocupa Bombón. Pocos días después, al intentar los republicanos ocupar las alturas de Matará para arrebatar al virrey uno de sus puntos de apoyo, caen en una emboscada en la quebrada de Corpahuayco, que está a punto de escindir sus fuerzas y dar la victoria definitiva a los es-

de las tropas realistas, entre tanto, permaneció quieto atrás.

Los españoles apostados en el desfiladero dejan pasar a las divisiones de Córdoba y La Mar, que componían la vanguardia de Sucre, y descargan el golpe sobre la División Lara, que marchaba en retaguardia. A pesar de reaccionar bien y combatir con bravura los republicanos tuvieron más de 300 bajas en este encuentro, y perdieron todo el parque de campaña con el material de repuesto más una pieza de artillería.

La columna española que se apun-



Plano de la campaña de Ayacucho, en que se muestran las rutas seguidas por Sucre y por las tropas del virrey La Serna.

observar personalmente las posiciones enemigas.

En Acosincho, los Independentistas tratan de atraer a los realistas al combate, pero La Serna tiene el criterio de efectuar continuas marchas y contramarchas para desconcertar al enemigo, y en esto la infantería india —habituada al terreno— responde a la perfección, con jornadas de hasta 70 y 80 kilómetros diarios. Esta táctica, en definitiva, se reveló errónea. Las tropas españolas llegaron al momento decisivo mucho más fatigadas que sus enemigos, y deseaban combatir como fuera y cuanto antes para acabar de una vez la agotadora campaña.

Faltaban sólo siete días para la gran batalla.

El Ejército independentista acababa de llegar a la pampa de Matará cuando el español ocupó los altos de Pomacchuana, con posiciones dominantes. Como Matará carecía de recursos, Sucre decide retirarse a Tambo Cangallo, pero antes tenía que salvar la quebrada de Corpahuayco para evitar que el grueso del Ejército realista le cortara la retirada. La Serna, viendo que la presa se le escapa, adelanta con velocidad a la División Valdés desde la retaguardia, y una columna ligera de esta unidad se situó en la parte superior de la quebrada. El resto

el triunfo estaba integrada por cuatro compañías de Cazadores, al mando del comandante Manríquez, y el Batallón Cantabria, al mando del coronel Tur, que fue ascendido a brigadier en recompensa por la acción. El tropiezo provoca quejas y disgustos entre los de Sucre. Lara acusa al comandante en jefe de haberle abandonado en la retaguardia, mientras el comandante Sandes, del Batallón Rifles, atrapado en la emboscada, se queja públicamente de la actuación del general Lara.

Con laconismo militar, resume así la acción el general Valdés:

«El 2 de diciembre, hallándose separada a mis órdenes la vanguar-



La pampa de Ayacucho, vista desde el lugar donde acampó el Ejército Real, en el cerro de Condorcunca.

dia, en ocasión de completar un movimiento, se pusieron los dos Ejércitos a la vista, pero colocados en tan fuertes posiciones, que tuvieron a bien respetarse mutuamente. Avisado de la situación de ambas fuerzas, hice marchar la mía toda la noche, y a las doce del día siguiente se hallaba ya incorporada a muy próxima. El virrey, inmediatamente dio las órdenes para atacar al enemigo, el cual se puso en retirada antes de que se hubiese movido el primer cuerpo contra él. Mi división, o de vanguardia, que desde el puesto en que estaba podía ganar tiempo, marchó sobre el flanco izquierdo del enemigo, le ataca, le desordena en gran parte, le quita un cañón, todo su parque de reserva y equipajes, causándole una pérdida de 500 hombres».

Un poco tardíamente, La Serna intenta explotar el éxito, y en la mañana del día 4 destacó a cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda para desca-bezar la quebrada, creyendo que Sucre opondría resistencia en el paso principal, pero éste se sitúa en la llanura de Tambo Cangallo, y el virrey decide no atacarle y reagrupar fuerzas.

Sucre, con altanería, en un parte fechado dos días después del encuentro, interpretó la decisión del jefe español con estas palabras:

«Esta operación fue una prueba evidente de que ellos querían maniobrar y no combatir. Este sistema era el único que yo tenía, porque los españoles se servirían de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies, mientras el de las nuestras se hallaba en el corazón».

El general republicano decide entonces proseguir hacia el Norte,

para aprovisionarse de viveres. Pasa la quebrada de Acroco, sigue al pueblo de Hualchao y luego a Acos Vinchos, mientras el Ejército real avanza hasta Tambillo, a la vista de los independentistas. Luego ambos continúan su marcha (día 6); Sucre por el pueblito de Quinua pasa al campo inmediato de Ayacucho. Los españoles maniobran y se sitúan en las alturas de Pacaicasa, lo que supone cortar las comunicaciones a Sucre por el Norte, aunque éste no se da por enterado y permanece tranquilo en Ayacucho (día 7).

La Serna, atravesando sembrados, mueve a su ejército otra vez a un cuarto de legua al Oeste de Huamanguilla, y mediante un movimiento envolvente se situó en el cerro de Condorcunca (en quechua, «nido del cóndor»), que domina la meseta de Ayacucho. Había descrito un arco alrededor de Sucre, y daba la espalda al valle de San Miguel, con salida al camino de Cuzco a través del río Pampas. A Sucre le basta un pequeño desplazamiento para dar la cara al Ejército enemigo. Cambia su frente al Oriente y se sitúa en la parte alta de la meseta, al pie de Condorcunca, libre su comunicación con Lima, su refugio último y base de los refuerzos que Bolívar podría enviarle en caso de derrota.

En mala posición

Los realistas, entre tanto, han ocupado los altos del Condorcunca, a unos 200 metros de altura sobre la meseta. El cerro se encuentra separado de ésta por un barranco que cruza hacia el Norte, y es inaccesible por el lado Sur.

La posición de los españoles era buena para la defensa, pero mala para el ataque, ya que no se podía bajar con rapidez al llano más que de frente y a través del barranco. Sucre se dio cuenta en seguida: «Nuestra posición —comentó—, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unos barrancos, y por su frente no podía obrar la caballería (enemiga) de un modo uniforme y completo».

La Serna a pesar de todo decidió atacar, no sin que se produjeran algunos comentarios discrepantes entre sus altos oficiales. Si el Ejército español perdía no podría rehacerse, puesto que estaba aislado y sin reservas. Para los independentistas, por el contrario, con la mayor parte de América en su poder, sería cuestión de tiempo levantar otro Ejército en caso de derrota.

La decisión de atacar en Ayacucho —según testimonio del jefe español de Caballería, García Camba— fue tomada por Canterac y La Serna el día anterior a la batalla. En el «Diario de la última campaña del Ejército español en el Perú», de Bernardo F. Escudero, ayudante del general Valdés, se dice que éste último era opuesto a dar la batalla en aquel momento, y le atribuye las siguientes palabras: «Mañana sucumbiremos, y con nosotros, el dominio de España en este hemisferio».

Escudero da a entender que existía rivalidad entre Canterac y Valdés, y afirma que éste, al conocer la decisión tres horas antes de la batalla murmuró al oído del coronel del Batallón Cantabria: «Ese plan de batalla han podido urdirlo dos frailes gillitos, pero no dos militares». A lo que contestó el coro-

nel: «¡Caro vamos a pagar las francesadas de Canterac!».

Canterac era de origen francés y conservaba reminiscencias de ese idioma en su habla. Maroto (el del Convenio de Vergara), siendo comandante general de la provincia de Puno, en carta al secretario del virrey (octubre de 1824) le llamaba «gabacho», y tal opinión, al parecer, era compartida por algunos oficiales.

Pero las afirmaciones de Escudero no se ven confirmadas por el propio Valdés, el cual, al explicar las causas de la derrota, dice que la batalla «era necesaria» y conveniente el lugar. Añade, además, que el plan fue «bien concebido y explicado».

Posiblemente en la decisión de Canterac y La Serna influyeron las dificultades de abastecimiento y la escasa confianza del mando en la moral combativa de las tropas indias. Los testimonios aportados por Valdés sobre este punto son concluyentes:

«... los pocos pueblos que había sobre la marcha, estaban casi todos sublevados, de manera que el Ejército sólo contaba con las carnes que recogían sus partidas, y algún maíz o papas que se encontraba oculto o abandonado».

«... era preciso campar en cuadro en columna cerrada con los oficiales y sargentos a los extremos, porque el que se separaba con cualquier pretexto no volvía a reunirse jamás».

Existe un testimonio «enemigo», el del general irlandés Miller, jefe de la caballería de Sucre, quien en sus «Memorias» opina también que fue un error del virrey haber «atacado en aquella forma», y lo atribuye a que la paciencia de la tropa española «se había agotado ya con marchas tan penosas que parecía no habían de tener fin».

Otra razón urgía a los mandos españoles a buscar una solución rápida, pues creían que Sucre estaba a punto de recibir refuerzos de Bolívar por el Norte, y de Olañeta, por el Sur.

Plan de ataque

El genio táctico de Sucre tiene prevista la batalla en cuanto percibe la intención española de atacar. Su plan es sencillo, y en resumen se reduce a no dejar que los realistas bajen a la vez desde el Condorcunca a la altiplanicie, para batirlos poco a poco a medida que vayan entrando. Con objeto de evi-

LOS ÚLTIMOS DE AYACUCHO

tar que los realistas le sorprendan de noche, dispone fogatas en el límite entre ambas fuerzas, y envía una columna a sostener el fuego con los puestos avanzados españoles.

Inmediatamente se preocupa de preparar el espíritu de la tropa para el combate que se aproxima, y ofrece a sus soldados «premiar sobre el campo de batalla a los que se distinguieran, dándoles los ascensos a que fueran acreedores, y una medalla de honor que sería el distintivo de los que iban a librar a su valor la suerte de la nación, nuestro crédito y la paz de América». Estas palabras reconfortan al Ejército, que se hallaba algo desconcertado por conocer que el Congreso de Colombia había privado cuatro meses antes a Bolívar de la facultad de conceder ascensos.

Mientras tanto, los jefes españoles han detallado su plan de ataque:

Valdés con los Batallones Cantabria, Centro, Castro y 1.º del Imperial Alejandro, más dos escuadrones de húsares y cuatro cañones, debía bajar el Condorconca por las quebradas de la derecha para atacar el flanco izquierdo de los independentistas.

Monet atacaría por el centro con los Batallones Burgos, Infante, Victoria, Guías y 2.º del Regimiento de Cuzco, cuando Valdés estuviese empeñado en la lucha.

De los cinco batallones de la División Villalobos, el 1.º del Regimiento de Cuzco, a las órdenes del coronel Rubín de Celis, marcharía por el espacio libre a la orilla del gran barranco que limitaba la meseta por el Sur, a proteger siete piezas de artillería que se emplazarían al pie de la falda, debiendo precipitarse luego sobre el flanco derecho de los republicanos al sentir la entrada en fuego de Valdés. El 2.º batallón del Imperial Alejandro avanzaría a la derecha de Rubín.

En reserva, en lo alto de la ladera, quedarían los dos batallones del Regimiento Gerona y el Batallón Fernando VII, más una brigada de caballería. La otra brigada debía avanzar entre Monet y Villalobos.

El plan español se reducía, pues, a atacar al enemigo por un flanco y triturarle con un avance en masa por el centro, desde la altura del Condorconca. Un plan que parecía bueno contra un enemigo inmóvil, pero que se deshizo ante un inspiado de la guerra como Sucre, que desde el centro del combate maniobró y distribuyó sus piezas a la perfección, consiguiendo —según la más pura escuela napoleónica— la superioridad numérica en el lugar y el momento justos. Si Sucre se hubiera limitado a esperar y defenderse, el Ejército español le hubiera atacado en masa y deshecho, pero tomó la

iniciativa y fue desbaratando a las tropas realistas a medida que iban entrando en la meseta.

Un acontecimiento antes de la batalla ilustra significativamente el carácter de «guerra civil» que tuvo la independencia hispanoamericana. El mariscal de campo español, Juan Antonio Monet, a pocas horas de darse la batalla, pide permiso a La Serna para entrevistarse con su amigo el general republicano Córdoba, y ambos se abrazan a la vista de los dos Ejércitos.

Otros amigos e incluso parientes que luchaban en bandos diferentes aprovecharon también la ocasión para entrevistarse, y durante un buen rato hubiera parecido absurdo a toda aquella gente hablar de la «guerra a muerte» decretada por Bolívar.

El teniente coronel realista Antonio Tur se encontró con su hermano Vicente Tur, que era oficial del Estado Mayor peruano, y seis años más joven. Al verle le increpó con amargura: «Ay, cuánto siento verte cubierto de ignominia». «Yo no he venido a que me insultes —contestó el otro—, y si es así, me voy».

La sangre, en este caso, pudo más que las banderas. Antonio corrió hacia su hermano, y abrazándolo lloraron estrechados largo rato.

Córdoba y Monet departieron en solitario una media hora. El español propuso la paz sin verter sangre. Córdoba estaba de acuerdo, pero a base de que se reconociera la independencia del Perú. No hubo acuerdo. Después se volvieron a separar, cada cual a su bando, y se vistieron y prepararon para la acción.

Ambos generales volverían a verse otra vez cuando a las diez y media de la mañana, Monet, espléndidamente uniformado, se presentó en línea y dijo a Córdoba: «General, vamos a dar la batalla». A lo que el jefe republicano, (que sólo contaba veinticinco años y moriría cuatro más tarde sublevado contra Bolívar) contestó con un escueto: «Vamos».

Esta entrevista Monet-Córdoba sirvió a Salvador de Madariaga para insinuar que el resultado de Ayacucho estaba decidido de antemano por acuerdo de la masonería, a la que pertenecían casi todos los jefes republicanos y algunos realistas. Pero en sustento de su opinión, Madariaga no aporta pruebas concluyentes y si sólo datos ambiguos. Se basa, por ejemplo, en los errores militares de Canterac y Monet durante el combate. El primero, al obligar a su caballería a bajar al campo de batalla por una ladera fragosa, lo que le hizo servir de blanco pasivo a los fusileros enemigos, con los jinetes españoles indefensos por tener que hacer el recorrido a pie ayudando a los caballos. En cuanto a

Monet, su división es la que cede en el momento decisivo del combate.

Otros datos que hacen entrar en sospechas a Madariaga son la escasa duración de la batalla (sólo dos horas), la generosa capitulación concedida por Sucre y unas palabras de Valdés al verse derrotado, que fueron recogidas por el oficial republicano Manuel Antonio López de Labios del comandante Mediavilla, ayudante del general español: «Mediavilla, dígame usted al virrey que esta comedia se la llevó el demonio».

«Alzado ya el sol a nuestro frente por sobre la majestuosa cima del Condorconca, el escenario nadaba en luz y tenía aire de relocado para la fiesta». (M. A. López, testigo presencial.)

Sucre formó a sus tropas en un ángulo saliente, cuyo vértice, que apuntaba al Condorconca, estaba situado a corta distancia del barranco del frente, en el lado Norte de la meseta. El ala derecha estaba compuesta por los batallones Bogotá, Voltigeros, Pichincha y Caracas, que integraban la división al mando de Córdoba. La izquierda incluía los batallones números 1, 2 y 3 del Perú, bajo el mando del general La Mar, y en el centro se situó la formidable caballería colombiana a las órdenes del irlandés Miller.

En reserva quedaron tres batallones aguerridos: Rifles, Vencedor y Vargas, al mando del general Lara, y una parte de la Caballería: los Húsares de Junín, y el Escuadrón de Granaderos de los Andes, con la misión de mantener abierto a toda costa el camino de Quinus a Huamanga.

El único cañón disponible fue situado al frente.

Los soldados republicanos iban encapotados de oscuro, con uniformes enviados desde Chile. Los realistas llevaban uniformes de colores distintos para facilitar a La Serna los movimientos sobre el terreno. En los preparativos de la batalla, un combatiente de Sucre observó que: «... la vista herida con los reflejos del acero y demás metales descansaba en las telas y pieles; y los movimientos ordenados de esas líneas de colores nos amenazaban desde lejos como preciosas viboras, mostrándonos la perfecta disciplina rigurosamente enseñada por los instructores castellanos».

Sucre aprovecha estos momentos para arengar a sus tropas. A cada unidad trata de impresionarla con alguna particularidad emotiva diferente. A los colombianos les habla de sus recuerdos de guerra en Quito y Pichincha, y les exhorta a dar la libertad al Perú. A la Caballería, los célebres llaneros de Venezuela, les menciona las grandes batallas (Apure, Que-

seras del Medio, Calabozo, Boyacá, Carabobo, Junín...) en que han tomado parte, y les recuerda que en caso de victoria podrán quedarse con los corceles españoles. También les pide que traten bien a los que se rindan.

Fuego

En algún momento entre las diez y las once de la mañana del día 9, la artillería española comienza a disparar, mientras la División Valdés (que se ha descolgado por la ladera Norte del Condorconca) realiza un movimiento envolvente y ataca con gran ímpetu el flanco izquierdo republicano del general La Mar, situado sobre una loma. Desaloja y hace retroceder a varias compañías establecidas en unas casas y prosigue el avance. La victoria parece estar al alcance de la mano.

Pero se produce un hecho que cambia la suerte de la batalla. La izquierda española del coronel Rubín de Celis, con el Primer Batallón del Regimiento de Cuzco, avanza antes de tiempo y se empeña en combate sin esperar a que Valdés hubiera consolidado su ataque.

Córdoba, con dos batallones, contraataca entonces furiosamente y deshace a la columna española, impidiendo además que la artillería entre en posición. Para dar idea de la dureza de este choque pueden citarse las palabras del historiador Guillermo A. Sherwell: «Hubo pelotones de españoles que lucharon sin mover un pie, y cayeron uno por uno». El coronel Rubín de Celis, cuya precipitación fue una causa principal del desastre (como asegura el testimonio de sus propios compañeros de armas supervivientes) tiene una muerte heroica. Al ver caer a la mayoría de sus hombres, se arroja con una lanza en la mano contra la masa de enemigos que le rodea, y perece en el desesperado intento.

El Escuadrón de San Carlos y el 2.º Batallón del Imperial que intentan apoyar a sus compañeros, son dispersados por la caballería colombiana y la infantería de Córdoba.

Parte del Batallón Caracas se precipitó entonces sobre la artillería española, mientras Monet descendía la falda del Condorconca por el centro y Canterac daba orden de adelantarse a la retaguardia, y lanzaba a la caballería de reserva para reemplazar a las destruidas fuerzas del ala izquierda.

Llega entonces el momento culminante de la batalla. Dice Valdés que Monet (situado en el frente al borde del barranco), en vez de esperar a que él completase su movimiento envolvente, la caballería acabase de bajar y la artillería se emplazara en los puntos convenientes, se lanzó al ataque a destiempo.

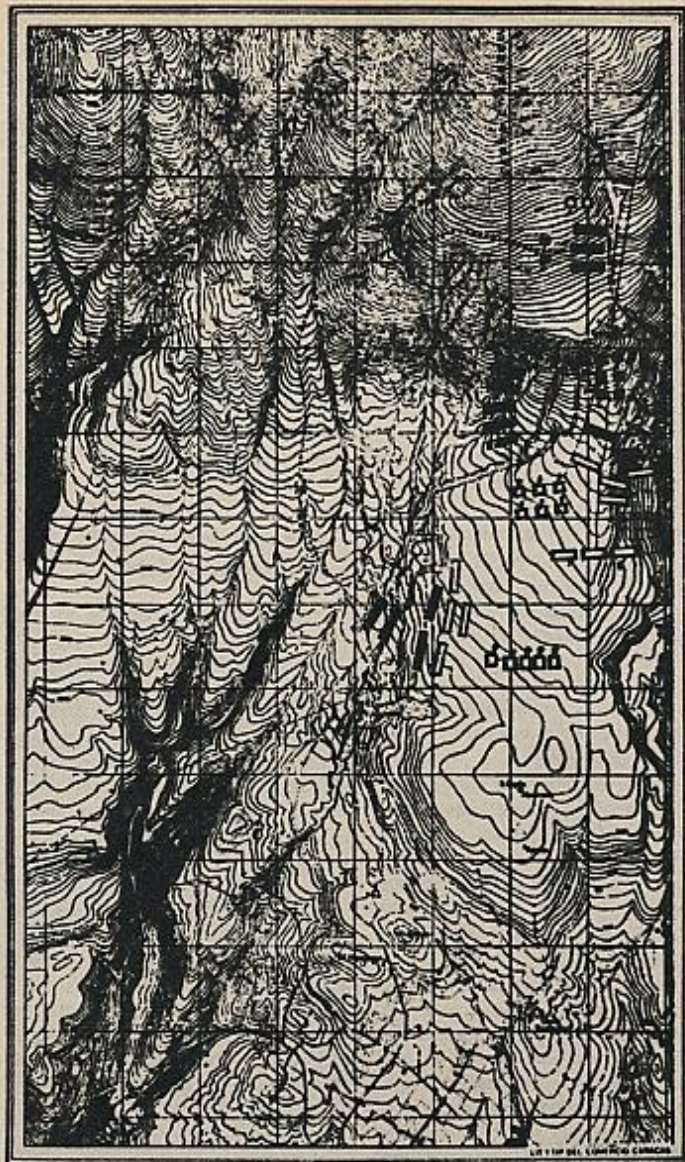
po para reparar el descalabro del ala izquierda. La División Córdoba, apoyada por ocho escuadrones de caballería «le envolvió con toda su fuerza» al pasar el barranco. Y prácticamente ahí acabó todo.

En efecto, Monet se lanza por el centro, y la Brigada Pardo entra en la meseta con sus tres batallones, pero entonces Sucre lanza contra ella los cuatro batallones de la División Córdoba. Este joven general republicano, dotado de gran valor y cuya actuación había sido decisiva en Pichincha, se lanza ferocemente con sus hombres al combate. Mata a su caballo para eliminar cualquier posibilidad de retirada, y da una orden de avance que pasará a la Historia: «Armas a discreción. Paso de vencedores». La brigada realista resistió bien, pero al fin, acosada a punta de bayoneta, retrocedió hacia el barranco. Esa fue prácticamente la única infantería del Ejército español que llegó a poner pie en la meseta. Los otros dos batallones de Monet no pudieron salir del barranco, ya que el borde inmediato lo ocupaba la Brigada Pardo, que se apolonaba en dura lucha. Así, estos dos batallones, encajonados en la cárcava, no pudieron prestar ninguna ayuda y fueron destrozados por los batallones de Córdoba cuando éstos —destruida la Brigada Pardo— se lanzaron cuesta abajo a bayoneta calada contra ellos. Monet quedó herido, y muertos o gravemente heridos tres jefes de batallón.

Simultáneamente, los lanceros de la caballería colombiana al mando de Miller destrozaban a los Dragones de la Unión y a los Escuadrones de la Guardia españoles, al mando de Ferraz y de Bedoya, que constituían la reserva de Canterac. La caballería realista, que bajó para ayudar a Monet, tuvo que descabalar y sujetar por la rienda a los caballos durante el descenso, así es que fueron un blanco ideal para el Batallón Pichincha que diozó a balazos a los jinetes antes de que pudieran cabalgar de nuevo. Atacados después con gran ímpetu por los llaneros colombianos, no tuvieron tiempo ni de desplegarse.

Perdido el encuentro, los restos de la Caballería española tuvieron que retirarse al cerro. Córdoba avanzó, alcanzó la base del Condorconca y ordenó a sus tropas la ascensión, dispersando a los dos batallones del Regimiento Gerona y al Fernando VII. Por entonces, La Serna había comprendido que la batalla estaba perdida. Herido en la cabeza y un brazo, rindió su espada a Córdoba.

La visión del vencedor quedó recogida en esta magnífica y concisa descripción de Sucre: «Nuestras masas de la derecha marcharon arma a discreción hasta cien pasos de las columnas enemigas, en que cargadas por ocho escuadrones españoles rompieron el fuego; recha-



BATALLA DE AYACUCHO

Posición de las tropas contendientes durante el primer choque contra la derecha española, cuando la División Monet todavía no había pasado el barranco y la División Valdés cruzaba la quebrada de la izquierda de Sucre. Las tropas españolas están representadas por rectángulos negros; las de Sucre, por rectángulos blancos.

Tropas españolas Tropas de Sucre

zarios y despedazarlos con nuestra soberbia Caballería fue un momento. La infantería continuó inalterable su carga, y todo plegó a su frente».

Oportunidad perdida

El desastre español en el centro pudo convertirse en fulgurante victoria de haber conseguido la infantería penetrar en la meseta y aliviar la presión sobre la División Valdés, que a punto estuvo de arrollar al flanco izquierdo republicano y envolver a todo el Ejército de Sucre.

Mientras se producía la derrota de Monet, Valdés iba sacando poco a poco decisiva ventaja a la División La Mar. Sucre reaccionó enviando en su socorro al Batallón Vencedores, lo que en gran parte detuvo el avance de Valdés, y cuan-

do vio decidida la lucha en el centro lanzó contra una columna de la división realista que avanzaba hacia la meseta al Batallón Vargas, y a la caballería de Miller (los Húsares de Junín y los Granaderos de los Andes). Valdés tuvo que repasar la quebrada en derrota, y en un arrebato de coraje intentó suicidarse, pero sus hombres se lo impidieron. Más tarde cargó la culpa de la derrota a la «falta de valor de la tropa», que al final se entregó al pánico.

Relaciones directas

Algunos historiadores han pretendido que todo el Ejército realista penetró en la meseta de Ayacucho por el barranco del Norte (División Valdés) y la falda del Condorconca, y que desplegó en el centro entablado lucha frontal

con Sucre. Esta tesis ha quedado suficientemente rebatida por el historiador venezolano Vicente Lecuna, que demuestra lo equivocado del aserto con documentación de primera mano.

El supuesto de que todo el Ejército realista pudo desplegar en la meseta se originó por el equivocado plano de la batalla del historiador Paz Roldán en su «Historia del Perú independiente» (1870), en el cual se inspiraron muchos seguidores. Un documento decisivo en la cuestión es el cuadro existente en el Museo Boliviano de la Magdalena de Lima, intitulado: «Plano de la gloriosa batalla del Ejército Unido Libertador, en los campos de Ayacucho, día memorable el 9 de diciembre de 1824», dibujado por un oficial del Batallón Voltigeiros, en el cual se ve claramente a los realistas batallar en la ladera del Condorconca, y a las tropas de Sucre ocupando la parte más elevada de la meseta.

Sólo existen nueve relaciones fundamentales de la batalla escritas por testigos o actores de la acción. Son éstas:

— El general de la Caballería republicana Miller, que publicó unas «Memorias», traducidas por Torrijos, y dibujó un plano de la batalla.

— Valdés, que escribió una obra fundamental, los «Documentos para la Historia de la Guerra Separatista del Perú», publicada por su nieto, el conde de Torata, en Madrid (1896). También hizo un croquis que se perdió.

— García Camba, jefe español de Caballería que en sus «Memorias» corrobora el testimonio de Valdés, y dice que Monet debió esperar hasta que aquél se hubiera empeñado con ventaja.

— José Sepúlveda, oficial desertor español que estuvo en las filas republicanas y volvió con los realistas, posiblemente para actuar como espía de Bolívar. En Ayacucho abandonó el combate a los primeros disparos y se fugó a Cuzco. Es autor de un «Diario de Campaña» y de un croquis de la batalla.

— Bernardo F. Escudero, capitán de la División Valdés y autor de un relato de la campaña en el cual se dice que «... dominaba ya Valdés, por su parte, las posiciones enemigas, cuando cayó sobre él todo el resto del enemigo, vencedor ya por el otro lado».

— Manuel Antonio López, oficial del Batallón Vencedor. Escribió unas «Memorias» publicadas en Bogotá en 1878. Sitúa la línea de los tiradores republicanos a 100 varas de la falda del Condorconca, lo cual indica que si los españoles hubieran llegado al llano hubieran

LOS ULTIMOS DE AYACUCHO

tenido que barrer antes a la Infantería de Sucre.

— José María Rey de Castro, oficial amanuense del virrey. Su libro «Recuerdos del tiempo heroico» fue publicado en Guayaquil en 1883.

— Antonio José de Sucre. Sus partes de batalla son modelos de concisión y viveza. A mediados de 1825 el Estado Mayor de Colombia sometió a su consideración un plano de la batalla que debía devolver corregido, pero no se volvió a tener noticias del documento.

— O'Connor, oficial republicano que se atribuye en sus «Recuerdos» el plan puesto en práctica por Sucre de no dejar que el Ejército realista descendiese a la meseta.

La capitulación

Prisionero el virrey, Canterac asumió el mando, y en conferencia con los generales Monet, Carratalá, Villalobos y Valdés, y los brigadieres García Camba, Pardo y Atero, decidió entrar en negociaciones con los vencedores. Canterac y Carratalá fueron al campamento de los republicanos a conferenciar con Sucre, que los recibió muy cortésmente, compartió con ellos su comida y sentó las bases de la capitulación. Los derrotados insistieron, sobre todo, en los puntos relativos a su honor y protección personal, y Sucre describe así la escena de la rendición:

«Nuestros despojos eran ya más de 1.000 prisioneros, entre ellos, 60 jefes y oficiales, 14 piezas de artillería, 2.500 fusiles, muchos otros artículos de guerra y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones, cuando el general Canterac, comandante en jefe del Ejército español, acompañado del general La Mar, se me presentó a pedir una capitulación. Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú, y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla».

La capitulación fue firmada por Sucre y Canterac el mismo día 9 y el jefe victorioso ordena disparar los cañones en honor a la bandera española al ser ésta arriada. El tratado estipulaba que España se retiraría del territorio desde Guayaquil hasta el río Desaguadero, en

Bolivia. También sería entregada la fortaleza de El Callao, así como todos los depósitos de armas y pertrechos militares. Los soldados españoles podrían embarcarse para su regreso a España a costa del Perú, y los oficiales que lo desearan podrían quedarse en el Ejército republicano con el mismo grado.

Este último punto fue propuesto por los españoles, que con ello —según palabras de Valdés— trataban de introducir una «quinta columna» en las filas republicanas en espera de tiempos mejores. Pero Bolívar desconfió desde un principio, y dejó la medida prácticamente sin efecto.

Pocos días después se entregaron las guarniciones de Cuzco, Arequipa, Quilca y Puno, así como otras del Alto y Bajo Perú. Los barcos de guerra no aceptaron todos capitular, pero se vieron obligados a desaparecer de las costas americanas.

Valdés, dolido por la derrota, no quiso reconocer ninguna generosidad a Sucre, y aseguró que «la capitulación fue una concesión gratuita de los enemigos, motivada por un error, del que se arrepintieron cuando estaba ya hecho y no tenía remedio». Madariaga va en esta generosidad de los vencedores un motivo más de «sospecha».

Sólo se negó a la rendición el general Rodil, gobernador de la fortaleza de El Callao. Rodil, que había recibido una carta de Carratalá para que se mantuviera si tenía medios, rehusó entregar el reducto, defendido por dos batallones de Infantería, una brigada de Artillería, una columna de guerrilleros y un escuadrón de Caballería, con un total de 2.500 hombres. El sitio que los republicanos pusieron por tierra y por mar a la plaza duró un año, y sólo acabó cuando el hambre y las enfermedades dejaron virtualmente fuera de combate a sus defensores.

También retuvo España durante algún tiempo las islas Chiloé. A estas islas y a El Callao trató de llevar Valdés algunas partidas sueltas que se mantenían en la zona de Parinacochas. Luego, el barco en que La Serna y Valdés regresaban a España fue capturado por un bergantín republicano, cuyo comandante exigió a La Serna que diera órdenes de rendición a las Chiloé, a lo que éste se negó.

En total, los realistas perdieron en la batalla unos 1.400 hombres entre muertos y heridos, y otros 3.000 (de ellos unos 400 españoles) cayeron prisioneros. Los republicanos tuvieron más de 1.000 bajas

entre muertos y heridos. De altos jefes españoles murieron tres coroneles (Cucalón, Rubín de Celis y Juan Lugo) y cuatro comandantes de batallón; y de los independentistas un mayor y un coronel.

Honores al vencedor

La noticia de la victoria de Ayacucho llegó tarde a Lima porque el mensajero de Sucre, coronel Medina, fue muerto a pedradas por los indios en el puente de Ischaca. Cuando el 21 de enero se conoció en Buenos Aires, hubo cohetes y música hasta el amanecer. Sacaron en procesión el retrato de Bolívar y durante un mes —según dejó escrito el entonces presidente del gobierno, general Las Heras— se produjo un volcán de fiestas y alegrías. «Al fin —dice Las Heras— tuvo que tirar un decreto para reglamentar el delirio».

En Santiago en regocijo fue inmenso, lo mismo que en Bogotá, pero en Caracas y Cumaná, arruinadas por la guerra, el contento fue más comedido.

La burguesía limeña, para la que el fin triunfal de la guerra suponía el intercambio comercial con la cordillera y la explotación de sus ricas minas, fue generosa con sus soldados, a los que otorgó dinero y tierras. El Congreso peruano regaló a Bolívar la finca de La Huaca, en el valle de Chancay, y un millón de pesos. Además, recibió otro millón para dárlas al Ejército.

Por esas mismas fechas, el caudillo americano, molesto con el sector legalista del Congreso colombiano que criticaba su poder absoluto, solicitó de la Cámara la suma de 100.000 pesos puestos en Londres que se le debían por sueldos atrasados. Pensaba —decía— retirarse a Europa y abandonar las armas y la política.

En cuanto a Sucre, pocos días después de la batalla, Bolívar le nombró Gran Mariscal, con el título de «General Libertador del Perú», y ordenó erigir una columna en lo alto de la cual sería colocado un busto del vencedor. Además, el Congreso le otorgó 200.000 pesos o, si lo deseaba, su equivalente en tierras. Córdoba y Lara fueron ascendidos a comandantes generales.

Para los supervivientes, Sucre instituyó una medalla en oro y plata, pendiente de un cordón, que llevaba en el reverso la inscripción: «Vencedor en Ayacucho». Además, Bolívar decretó que los cuerpos peruanos y colombianos que toma-

ron parte en la victoria llevarían el sobre nombre de «gloriosos» y sus individuos el título de «beneméritos». Los familiares de los combatientes muertos percibirían el sueldo íntegro correspondiente a su categoría.

«Vae victis»

En cuanto a los vencidos, la historia española los relegó a un discreto olvido. Pero en la Península se les acusó de flojedad, de no haber sabido obtener una victoria que les correspondía y de volver a España cargados de riquezas. Además, se les motejó despectivamente de «Ayacuchos», y se les identificó en bloque con los partidarios de Espartero, después de su caída en 1843.

Tales acusaciones no parecen demasiado provistas de fundamento. Los españoles pelearon en Ayacucho con un valor que no les niegan ni sus enemigos. Todos los jefes permanecieron en sus puestos. Valdés intentó suicidarse al verse derrotado. El virrey La Serna, al darse cuenta de que la batalla estaba perdida avanza sobre la línea de fuego y recibe seis balazos, hasta que derribado de su caballo es hecho prisionero. Monet combatió herido en la cabeza junto a sus hombres.

Desde esta altura histórica, podemos ver que la campaña del Perú estaba perdida, puesto que la Península no envió refuerzos, la moral de las tropas republicanas era inmensa, las ideas independentistas iban ganando terreno, los Ejércitos de Bolívar eran cada vez más fuertes y estaban más apoyados por las grandes potencias de la época, el Ejército español se encontraba aislado en el último reducto de un continente, y España estaba exangüe, tras la guerra con Francia, y dividida por el terror desatado de un monarca rufianesco.

Además, no parece justo hacer responsable a estos hombres de Ayacucho de todos los descalabros sufridos por España en América desde que se había iniciado, hacía más de diez años, la independencia de las repúblicas.

En cuanto a las riquezas, hubo uno por lo menos, el general Valdés, que refutó no sin ironía la acusación: «Yo me gloriaré siempre —dice en sus documentos— de haberme embarcado para Europa sin un peso y sin camisa, no obstante de no haber tenido vicios a lo menos que me costasen dinero». ■ F. M.